

## PRÓLOGO

Mi familia, en cierto modo, no era muy distinta de la ciudad donde vivíamos, Johannesburgo, que en zulú se conoce como *eGoli*\*: «El Dorado». Una ciudad circundada por moles de roca gris y fina arena amarilla en más de ciento cincuenta kilómetros a la redonda. Montañas artificiales de formas espectaculares, semejantes a colosales pirámides truncadas que se ciernen sobre la ciudad. Parece la fabulosa creación de una civilización olvidada, no la obra de mineros sudorosos que, buscando oro, escarbaron como topos las entrañas de la tierra para llegar al tesoro oculto. Imponentes y mágicos, estos monumentos descomunales refulgen sobre la ciudad. Pero si uno siente la necesidad de detenerse a contemplarlos, de tocar sus formas resplandecientes, descubrirá, al acercarse, que las partículas que desprenden le agujonean las mejillas. Y cuan-

\* A lo largo de la novela aparecen en *cursiva* numerosas palabras y expresiones tanto en zulú como en afrikaans, que pueden consultarse en los glosarios añadidos al final del libro. (*N. de los T.*)

do tiende la mano para tocarlas, para sostener un terrón de oro en la mano, éste se desintegra y se le escurre entre los dedos como la arena. Nuestra ilusión de familia unida no era muy distinta de una escombrera. Era sólo polvo.

Mis padres, mi hermana Sarah, de quince años, y yo, a punto de cumplir los trece, vivíamos en el número 99 de Winslow Lane, un antiguo caserón plantado en medio de un jardín de una hectárea, silvestre y exuberante, en un barrio aún más antiguo que Johannesburgo. Winslow Lane era una calle de curvas y recodos. Curvas sombrías, donde las casas, recortadas contra el espeso follaje, creaban una sensación de quietud y aire acariciante. Una calle con casas a un lado y un bosque de eucaliptos azules al otro. Más allá del bosque estaba el lago Cebra, así llamado por la proximidad del zoo de la ciudad, situado al otro lado de sus turbias aguas. No era raro que, en el silencio de la noche, yo me durmiera con el suave rugido de un león o la risa de una hiena procedentes de la orilla opuesta del lago, sonidos que me transportaban en sueños a una tienda de campaña en el rincón más inhóspito de la sabana. Ya que nuestra casa, aunque firmemente asentada en una zona residencial, se hallaba en los lindes de un paraje agreste.

En la vibrante década de los sesenta, mis padres aplicaban una poderosa fórmula para mantener unida a nuestra familia. En cuanto la tensión entre ellos se hacía insostenible, invitaban a alguien a pasar unos días en casa. Como por arte de magia, la presencia de recién llegados aliviaba la tensión entre ellos, y mientras hubiera extraños bajo nuestro techo, el

polvo de su descontento se posaba brevemente y la casa parecía resplandecer.

En la primavera de 1966 no convivía nadie con nosotros, y la tensión entre mis padres germinó y creció como mala hierba sin expurgar: en los dormitorios, en la cocina, en los espacios oscuros detrás de las cortinas y en los armarios de los pasillos. Fue entonces cuando vinieron los gitanos.

Pero nuestros gitanos no eran chicas de ojos oscuros con mantones rojos y aros plateados en las orejas. No había ningún perro peludo, ni hombres morenos con pañuelos al cuello bailando desenfrenadamente a la luz de la luna. Eran una familia de cuatro miembros. Vagabundos, sin raíces, sin rumbo ni norte; unos nómadas, perdidos en un bosque de un barrio residencial. Sin embargo para mí eran, y siempre lo serán, gitanos. Ya que esa primavera llegaron a nosotros en una caravana y nos hechizaron, y cambiaron nuestras vidas para siempre.

## LA HORA DE LA BELLEZA

Mi madre, Sarah y yo estamos en el baño de color azul pastel.

Lo considero el baño de mi madre y no el de mi padre, aunque él también lo usa. En un pequeño armario blanco entre el lavabo y la bañera, ambos azul pastel, están las cremas y lociones de ella dispuestas en hileras. En una cesta sobre la cisterna del inodoro, tiene su juego de rulos eléctricos y cinco o seis cepillos de distintas formas y tamaños. Su bata de seda cuelga de una percha detrás de la puerta. Todo lo que hay aquí es de mi madre, salvo unas cuantas cosas en un pequeño estante que son de mi padre. Un *aftershave* de la marca Old Spice con lo que parece un barco pirata a toda vela en la etiqueta, una brocha muy usada y un bote de espuma de afeitar que ha dejado debajo un círculo de herrumbre parduzco. De hecho, he visto a mi padre volver a poner el bote justo encima del círculo, porque mi madre se enfadaría si viera marcas feas en su baño.

Sarah está sentada en la tapa del inodoro; yo, con mi pantalón corto raído, en la alfombrilla azul descolorida, y mi madre, con algodones entre los dedos de los pies, se exhibe en el borde de la bañera. Desde hace un tiempo, éste es uno de los pocos momentos en que me presta un mínimo de atención: mientras el esmalte rojo fuego se seca en sus uñas. Atrapada durante quince minutos como una abeja en un invernadero, mi madre nos cuenta anécdotas de su juventud. Son sus «historias de la hora del secado de uñas», que sólo oímos cuando nos invita a quedarnos encerradas en el baño con ella. Sonríe como el gato que se ha comido el canario, porque en sus historias, por lo general, todo el mundo queda siempre como un tonto, excepto ella.

Alzo la vista desde el suelo y miro a mi madre. Tiene los labios pintados de color rosa chicle y el pelo negro lustroso, perfectamente peinado a la última moda, con las puntas curvadas hacia arriba. Tan guapa como siempre y «como un pincel», que diría mi padre. No sin esfuerzo, imagino que a mi edad era, según cuenta ella misma, una niña tan poco femenina como yo. Eso me permite sentirme unida a ella de una manera especial, como si fuera a volverme guapa de mayor, que es lo que le pasó a ella a los quince años, dice, la edad de Sarah ahora; sólo que mi madre era la chica más popular del colegio y una de las más ricas, y Sarah, en cambio, no es ni lo uno ni lo otro. Sarah es guapa, desde luego, pero no somos riquísimos, no tenemos chófer ni comemos con copas de cristal, como fue el caso de mi madre. Según ella, los modales son lo más importante, y a los tres años comía ya a la perfección con tenedores y cuchillos de plata auténtica. Aunque si una niña es de verdad poco femenina, jamás comería con cubiertos de plata, o al menos eso creo yo.

Mi madre empieza a contar su anécdota, mirando ahora sus uñas, ahora las bonitas mejillas y el pelo de Sarah. Mi hermana tiene el pelo limpio y brillante, de un rojo que refulge alrededor de su cara como el fuego, y las llamas se desprenden y resbalan por sus hombros pálidos. Ella está ahí sentada, radiante y luminosa, y yo, en cambio, soy sólo un bulto de pelo oscuro en el suelo que podría pasar inadvertido. La mirada de mi madre, atraída por Sarah, se posa una y otra vez en ella, y yo empiezo a sentir un gran nudo en la garganta, como si me hubiese atragantado con un trozo de corteza áspera. Si Sarah supiera con qué desesperación deseo que mi madre baje la mirada hacia mí alguna vez, se acercaría, me abrazaría y me diría «bobalicona».

–Mamá y papá Joe no me dejaron irme de viaje al extranjero con Delia Gordon cuando yo tenía diecisiete años –dice mi madre, soplándose las manos–. Ya la conocéis, chicas, alta y con cara de pájaro.

–Sí, mamá –Sarah se chupa un mechón de la larga melena roja mientras yo enrolló en el dedo hebras del pelo apelmazado de la alfombrilla azul y, a fuerza de tragar saliva, intento quitarme la sensación de corteza atravesada en la garganta.

Mi madre agita las manos para que las uñas se le sequen antes.

–En fin, la familia de Delia era increíblemente rica, más rica que papá Joe, aunque papá Joe tenía un Bentley... Ése sí que era un coche de lujo, chicas.

–Ya lo sabemos, mamá –Sarah pone los ojos en blanco y luego sonrío con dulzura a mi madre para que no le dé la lata con eso de que no es femenino poner los ojos en blanco.

–En fin, Delia quería que nos fuéramos las dos de viaje por Europa durante un mes. La pobre no era ninguna belleza, y pensó que conmigo a su lado atraeríamos la compañía de los apuestos hombres europeos. ¡Pero horror de los horrores! A pesar de mis ruegos, mamá y papá Joe se negaron en redondo. Por una vez, ni siquiera cedió papá. Y es que ya habían planeado unas vacaciones por Europa en familia.

Mi madre se pasea por el cuarto de baño mientras habla. Sarah se cepilla el pelo, y yo he dejado de mirar a mi madre como un cachorro enfermo y busco una tiritita en el botiquín para el rasguño que me he hecho en el codo al trepar a un árbol.

–Y ahora, chicas, atentas: ésta sí que es buena –dice mi madre con impaciencia, indicándonos que nos sentemos; los efluvios del esmalte me asaltan como una bofetada y por un segundo me da vueltas la cabeza. Sarah y yo nos sentamos reclinadas contra la puerta. El telón está a punto de levantarse y mi madre ocupa el centro del escenario; sus ojos verdes despiden destellos como un semáforo.

–Ya sólo faltan diez minutos para que se le sequen las uñas. Tengo un montón de deberes –me susurra Sarah con la cabeza apoyada en las rodillas.

–Pues, veréis, yo estaba que me subía por las paredes, como ya os podéis imaginar. Mi padre se metió en su despacho y mi madre volvió a su salita a hacer punto. Me acuerdo de que estaba tejiendo un jersey rojo para su schnauzer miniatura, Harriet. Dios mío, cómo odiaba yo a aquel perro... El caso es que me había llevado tal disgusto que decidí darme un baño para calmarme los nervios. Eché un montón de espuma verde menta en el agua, y luego me fui a mi habitación a desvestirme. Pero entonces, chicas, tan

grande era mi disgusto que me tumbé en la cama y me quedé dormida.

Mi madre se sienta en el borde de la bañera y, zapa-teando con la pantufla de piel de avestruz con borla, se sopla las uñas.

–En fin, chicas, ¿a que no adivináis lo que pasó? –le brillan los ojos mientras mira fijamente a Sarah.

–Se desbordó la bañera –me apresuro a contestar, como si hubiera en juego un premio o algo así.

–¡Exacto! –dice ella con un chasquido de dedos tan repentino y sonoro como el disparo de una pistola, y me mira por un momento, exultante–. El agua de la bañera corrió escalera abajo, por la moqueta de color crema, por todos y cada uno de los veinticinco peldaños... ah, y acordaos de que el agua era verde, chicas... y pasando ante la salita de mi madre, entró por debajo de la puerta del despacho de mi padre, con sus paredes revestidas de madera de roble.

–¡Caray! –exclamo–. Menuda bronca debió de caer-te.

–¡No veáis cómo se enfadaron! ¡Se pusieron como fieras! –mi madre se toca el pelo con las palmas de las manos como para asegurarse de que sigue bien peinada–. Pero me dejaron ir a Europa con Delia.

–¿Ah, sí? –pregunto.

–Es que al final fue lo más sensato. Con media casa como un pantano verde y mohoso, y un mes de obras por delante, mis padres decidieron que era mejor no tenerme allí. Imaginaos, yo en medio de un montón de obreros, y todos silbándome y echándome miradas lascivas.